Cómo preparar un texto escrito para el aula de ELE

Francisco Casquero Pérez
(Profesor colaborador del Instituto Cervantes de Varsovia-Cracovia)

Para cualquier profesional de ELE está más o menos claro que los materiales de que disponemos no siempre son suficientes o adecuados para el perfecto desarrollo de nuestra actividad docente. También está claro que la forma de actuar del docente en el aula debe ser del todo coherente y marcada por unas normas de programación ineludibles. Por lo tanto, si el profesor quiere confeccionar materiales propios, al margen de los que nos ofrecen los manuales con los que estamos trabajando, deberá hacerlo teniendo siempre en mente esas premisas y otras que están directamente relacionadas con las necesidades de nuestros estudiantes quienes, en definitiva, son los usuarios, para bien y para mal, de los materiales complementarios.

Los materiales que llegan al alumno sin estructura, que no han sido analizados de forma exhaustiva por el profesor, que carecen del sentido, objetivo y fin necesarios, acaban creando una sensación de vacío tanto en el estudiante como en el docente, y consiguen únicamente rellenar un espacio temporal en nuestra clase que, al final, puede considerarse perdido. En la mayoría de las ocasiones la consecuencia es la desorientación o el despiste del estudiante puesto que piensa que la actividad ha sido una pérdida de tiempo motivada por la falta de programación del profesor.

Así pues es inevitable y necesario desde cualquier perspectiva, planificar y reflexionar acerca de todas aquellas actividades, propias o ajenas, que vamos a utilizar en nuestras clases. Para ello hemos de tener en cuenta, es evidente, una serie de factores que están presentes en nuestras aulas: las condiciones socioculturales, económicas, psicológicas, físicas, de entorno, horario del curso, tipología del aula, medios a nuestra disposición, tipo de alumnos, nivel de los mismos, necesidades específicas del grupo y, finalmente, todo aquello que nos ayude a que las actividades sean motivadoras para los estudiantes, sin perder de vista conceptos como objetivos, adecuación, rentabilidad, contenidos, programación, secuenciación y un largo etcétera.

Entre esos materiales de apoyo o complementarios, que los profesores de ELE preparamos a menudo para nuestras clases, se encuentran los textos escritos. Todos, en algún momento, hemos querido aportar a nuestra clase textos escritos especialmente elegidos y trabajados para nuestro grupo con el objetivo primordial, aunque no el único, de ejercitar la comprensión lectora como punto de partida para el trabajo con otras destrezas. Se trata, casi siempre, de textos escritos que seguramente no hemos elegido al azar sino que los hemos escogido guiados por las condiciones específicas de explotación en las que estamos pensando; los alumnos que lo van a trabajar y el rendimiento que esperamos que de él extraigan. Al

hilo de lo que venimos comentando Daniel Cassany (1987: 1004) dice «Pensar en l'audiència, planificar el text, aturar-se i rellegir-lo, o revisar-lo i refer-lo de nou són alguns dels comportaments que té un bon autor per elaborar un text coherent», y esa es una regla de la que el profesor de español como lengua extranjera no puede ni debe prescindir.

Estoy seguro que todos coincidiremos en que la metodología más difundida, en la actualidad, en la enseñanza de lenguas extranjeras, es el Método Comunicativo que tuvo su origen en Gran Bretaña, a finales de la década de los setenta. También estaremos de acuerdo en que todas las actividades que propongamos a nuestros estudiantes, con independencia de la destreza que vayamos a trabajar, deben ir encaminadas a que el alumno obtenga una competencia comunicativa tal que le permita interaccionar lingüísticamente y de forma adecuada en diferentes situaciones de comunicación integrando todas las habilidades necesarias para que dicha comunicación sea efectiva y significativa. No podemos perder de vista que, como dicen Richards y Rodgers (1998: 72) «el Enfoque Comunicativo en la enseñanza de la Lengua parte de la idea de que la lengua es comunicación. El objetivo de la enseñanza de la lengua es desarrollar lo que Hymes (1972) llama competencia comunicativa». Teniendo en cuenta la cita anterior es fácil suponer que los textos escritos, utilizados no únicamente para desarrollar la comprensión lectora de los estudiantes, también deben participar de ese fin comunicativo que Richards y Rodgers proponen en su libro. ¿Qué hay que tener en cuenta, pues, a la hora de optar por un determinado texto escrito? Daniel Cassany (1987:12) dice al respecto que «Primerament, [l'autor] ha de ser conscient del context comunicatiu en què actuarà el text: ha de pensar com seran els lectors, quan llegiran el text, on, què saben del tema en questió, etc.».

En los años 80 y 90 encontramos el punto de partida de lo que, en el mundo de la enseñanza de lenguas, se conoce como Enfoque por Tareas y que no es más que la evolución natural del Método Comunicativo. Una de las características más relevante del Enfoque por Tareas reside en el hecho de ser capaz de integrar y dirigir la gran cantidad de materiales provenientes de otras metodologías y que el profesor tiene a su disposición. Por lo tanto, el Enfoque por Tareas es un enfoque de carácter ecléctico. A partir de este punto, la duda que nos planteamos es si ese eclecticismo deja las puertas abiertas a la utilización y manipulación con fines didácticos, por parte del profesor, de tantos textos escritos como éste crea necesarios para la progresión de sus alumnos en su proceso de aprendizaje. Si la respuesta es afirmativa se pone en peligro la teoría de muchos «defensores de la Enseñanza Comunicativa de la lengua [que] han propuesto el uso de materiales «no adaptados» y «reales» en el aula. Esto incluye materiales auténticos de carácter lingüístico, como señales, revistas, anuncios y periódicos (…)» (Richards y Rodgers, 1998: 83). Sin embargo, si la respuesta es negativa estamos corriendo el riesgo de que un texto no manipulado, no adaptado por el profesor para cumplir con unos objetivos concretos, no se adecue a las necesidades de nuestros estudiantes. Todos sabemos que encontrar un texto escrito que no necesite algún retoque es tarea, como mínimo, difícil. Por otro lado, trabajar con textos que no se adapten al nivel de nuestros

alumnos puede ser contraproducente y acabar creando estrés innecesario en el alumno, o simple e involuntariamente, desmotivarlo. Si el alumno no entiende el texto escrito o parte de él puede creer que todo el trabajo realizado hasta entonces ha sido inútil. Si, por el contrario, el texto escrito está en concordancia con el nivel del alumno, éste recibirá una inyección de moral cuando compruebe que entiende lo que lee y, por lo tanto, progresa en su proceso de aprendizaje. En consecuencia, la primera conclusión que podemos adelantar es que textos reales sí, pero siempre que dichos textos tengan el nivel adecuado para el grupo de estudiantes al que van destinados y ayuden al alumno a alcanzar los objetivos que el profesor se plantea con su explotación. María José Gelabert, Isabel Bueso y Pedro Benítez Pérez (2002: 14) creen que «Como profesores, debemos intentar utilizar lo mejor y más válido de los diferentes enfoques metodológicos aplicándolo siempre a la realidad del aula».

Por descontado, antes de manipular, adaptar o corregir un texto escrito el profesor deberá hacer un análisis exhaustivo del mismo. Comprobará si puede ser presentado al grupo tal y como se encuentra y si cumplirá con los objetivos planteados y, después de ejecutar todas las comprobaciones que considere oportunas, tomará la decisión de si es necesario manipular, adaptar o corregir ese texto escrito.

Partimos, pues, de la premisa según la cual cuando el profesor necesita un texto escrito para llevarlo a su aula está en la obligación de analizarlo en todos sus apartados para comprobar que es adecuado tanto a los objetivos y necesidades del grupo como a los del profesor. Una vez realizado ese análisis en profundidad es el momento de manipular, adaptar o corregir, no antes; tampoco después. Es a partir de aquí que iniciamos el proceso que acabamos de describir, y lo hacemos partiendo de preguntas de fácil respuesta como las siguientes:

1. Propósito del texto (informar, solicitar, quejarse).
2. Destinatario del texto.
3. Dificultad gráfica del texto (escrito a mano, con imágenes).
4. Lenguaje utilizado.

No obstante hay también otras cuestiones no menos importantes, aunque sí más complejas, que asaltan al docente en su afán de llevar al aula textos escritos variados. Estas otras cuestiones, que ahora vamos a presentar, plantean dudas y preguntas que deberán resolverse antes de dar inicio a un proyecto de actividad a partir de un texto escrito.

A. ¿Utilizamos un texto escrito extraído de una muestra de lengua real tal y como lo encontramos en su contexto real o, por el contrario, lo manipulamos en función de nuestros intereses y los de nuestros estudiantes?

Parece evidente que lo primero que nos planteamos, como profesores, cuando buscamos un texto escrito para trabajar con él en nuestras aulas, es que tenga el nivel adecuado para los estudiantes a los que va destinado. Todos somos cons-

cientes de que una forma de conseguirlo es recurriendo a los materiales de apoyo que podemos encontrar en el mercado editorial, preparados y adaptados para los distintos niveles establecidos por el *Marco de referencia europeo para el aprendizaje, la enseñanza y la evaluación de lenguas* o, confeccionando nuestros propios textos escritos, también adaptados y manipulados en función de los objetivos y los niveles a los que se destinen.

El nivel C2 o de *Maestría* (según el *Marco de referencia*), quedaría excluido, tal vez, de la segunda posibilidad, es decir, la manipulación de los textos escritos, ya que, se supone, que los estudiantes que alcanzan este nivel son capaces de interpretar cualquier texto que se produce en la lengua meta, el español en este caso, sea cual sea su nivel de dificultad. Para el resto de los niveles, si optamos por manipular y adaptar los textos escritos, entonces, vulneramos un principio fundamental de la Enseñanza Comunicativa de la Lengua que propone que los materiales que los profesores llevemos a nuestras aulas sean *reales y no adaptados*.

Desde la perspectiva docente, con excepción tal vez, como he dicho antes del nivel *Maestría*, los textos escritos que llevamos a nuestras clases tienen que ser manipulados, siempre que sea necesario, con el fin de adaptarlos al nivel de lengua de nuestros estudiantes y, como no, a los objetivos que perseguimos con la utilización de los mismos. Una razón por la que puede considerarse necesario manipular y adaptar los textos que presentamos a nuestros alumnos es porque, de no hacerlo, podemos crear en ellos la sensación de que no progresan en su proceso de aprendizaje ya que, es posible, que no entiendan qué están haciendo y para qué lo están haciendo. La aparición de estructuras gramaticales, tiempos verbales, léxico desconocido e inadecuado o recursos estilísticos desconocidos para el nivel de los estudiantes puede crear en el grupo una sensación de frustración que podría llevarlo al desinterés por la actividad, a producir la impresión de que están perdiendo el tiempo y por último a un sentimiento de impotencia ante la posibilidad de no poder descifrar el texto y por tanto de no poder realizar el trabajo que el profesor le ha presentado. Por lo tanto, creo que, excepto en el nivel de *maestría*, el resto de los textos pueden manipularse y adaptarse, siempre que sea necesario, antes de llevarlos a nuestras aulas.

B. ¿Escogemos esos textos escritos teniendo en cuenta las temáticas de interés del grupo y por lo tanto motivadores e interesantes para ellos o, por el contrario, pensando en nuestros gustos estéticos o implicaciones afectivas, entre otras razones, sin tener en cuenta los factores «interesantes y motivadores» para el alumno?

Por todos es sabido que las últimas propuestas metodológicas en enseñanza de lenguas consideran que el alumno ha de participar activamente en el proceso de enseñanza/aprendizaje, y es por ello que otorgan al alumno un papel no sólo activo, sino también de protagonista absoluto del proceso que se lleva a cabo en el aula; además, el componente afectivo del aprendizaje de lenguas acaba resultando un factor importante a la hora de preparar y plantear una clase puesto que el alumno acaba haciendo aquello que le gusta y le interesa con más naturalidad y

menos estrés que aquello que le es totalmente indiferente; es por ello que el papel que deberá jugar el profesor es el de «tan solo», y pongo entre comillas lo de *tan solo,* ser el guía y encauzador de las inquietudes, necesidades y afectividades de los estudiantes.

Estamos de acuerdo en que los papeles de profesor y alumno deben ser los descritos por una razón muy simple y fácil de entender: si hacemos del aula un espacio de negociación y diálogo dirigido a compensar las necesidades de profesor y alumno, vamos a conseguir mayor motivación, más implicación con el grupo y con su proceso de aprendizaje y, además, los alumnos van a asistir a nuestras clases con buena predisposición, propiciando un ambiente favorable y, sin duda, van a facilitar mucho nuestra labor docente. Por lo tanto, debemos tener presente que si necesitamos utilizar textos escritos en nuestras clases es lógico pensar que esos textos tendrán como temática aquellos temas que, previamente, hemos convenido con nuestros estudiantes.

Es difícil abstraerse y seguir al pie de la letra lo que los teóricos dicen acerca de cómo trasladar al aula las nuevas metodologías de enseñanza de lenguas, sin embargo debemos poner, en este caso, todo nuestro empeño en que así sea. ¿Por qué? Pues porque por encima de nuestras razones están las de nuestros estudiantes. Así que, cuando nos planteemos llevar un texto escrito al aula tendremos en cuenta los gustos, preferencias o intereses de nuestros alumnos dejando al margen otras consideraciones. Si lo hacemos así vamos a conseguir un grupo motivado, implicado, colaborador, interesado en nuestras clases y en todo lo que en ellas suceda y, por último, y no menos importante, nuestra labor se va a ver recompensada y facilitada.

C. ¿Optamos por textos escritos en los que el profesor piensa y tiene en cuenta las perspectivas y necesidades de sus alumnos o, simplemente utilizamos textos escritos buscando resolver las necesidades del programa dejando al margen otras valoraciones?

El último de los puntos no implica sólo a profesores y alumnos sino que incluye la programación del curso, que también va a formar parte del problema que estamos tratando.

Como he dicho con anterioridad, los estudiantes de lenguas extranjeras tienen que tomar parte activa en su proceso de aprendizaje. Por lo tanto, debe existir negociación y consenso entre profesores y alumnos en determinados pasos de ese proceso como, por ejemplo, temas en los que los estudiantes están interesados, por qué les interesan y para qué les interesan. Con ello tendremos una valiosa información que nos ayudará a escoger textos escritos para preparar nuestras actividades. Sin embargo, todos nos hemos encontrado con el problema de conseguir un grupo homogéneo, es decir, franja de edad similar, inquietudes similares o cercanas, procedencia sociocultural parecida, etc. El grupo ideal debe existir pero, desgraciadamente, no en mis clases. Lo más habitual es que nuestros alumnos lleguen a nuestras aulas con puntos de vista diferentes, intereses y actitudes frente

a la lengua extranjera distintas y con edades dispares, lo que hace muy difícil y complicado cubrir todas y cada una de sus expectativas, necesidades y demandas de forma individual. Alcanzar un acuerdo beneficioso para todos, eso sería lo más adecuado pero, en ocasiones, y todos lo sabemos, esa no es tarea fácil. En definitiva, cuando el profesor plantea una actividad en la que un texto escrito va a ser el vehículo para conseguir unos objetivos marcados y planificados con anterioridad, tenemos que compaginar las necesidades de un programa con las perspectivas que nuestros alumnos se han creado y, a partir de ahí, intentar crear un cóctel capaz de satisfacer a ambas partes.

La conclusión que podemos extraer es que cuando nos encontremos en la necesidad de utilizar un texto escrito en nuestra aula hemos de tener en cuenta factores como el contexto, el nivel de lengua, la particularidad del grupo al que va dirigida la actividad, las necesidades e intereses de nuestros alumnos. También es importante que los textos escritos sean una muestra real de lengua pero, si es necesario, podemos y debemos manipularlos para evitar el posible desánimo de nuestros alumnos. Y finalmente, no podemos perder de vista que, en última instancia, el proceso de aprendizaje de nuestros alumnos es el objetivo final de todo lo que podamos hacer o llevar a nuestras clases, lo que significa que ellos son los protagonistas y ellos han de centrar toda nuestra atención y nuestra energía al margen de cualquier otra consideración.

BIBLIOGRAFÍA

Cassany, Daniel, 1987, *Descriure escriure. Com s'aprèn a escriure,* Barcelona, Editorial Ampuries.

Gelabert, María José; Bueso, Isabel, y Benítez Pérez, Pedro, 2002, *Producción de materiales para la enseñanza de español,* Madrid, Arco/Libros.

Littelwood, William, 1996, *La enseñanza comunicativa de idiomas*, Madrid, Cambridge University Press.

Richards, J. y Rodgers, 1998, *Enfoques y métodos en la enseñanza de idiomas,* Madrid, Cambridge.

V. V. A. A, 1990, *Didáctica de las segundas lenguas. Estrategias y recursos básicos,* Madrid, Aula XXI/Santillana.